

# Otro paso notable de montaña (1).

Marcha de San Martín por los Andes en el año de 1817

(Traducción del alemán.)

La poca atención que en general se ha prestado al estudio de la guerra en la América del Sur, hace mas interesante la marcha admirable que el General San Martín efectuó á traves de la cordillera de los Andes, tanto por la clase de terreno en que la Verificó, como por las circunstancias particulares que la motivaron.

En esta marcha, así como en las de Napoleón y Suvarof por los Alpes, y la de Perofski por los desiertos de la Turannia, se rectifica mas la idea, de que un ejército puede arrostrar toda clase de penalidades, si está arraigada en sus filas como debe la sólida y verdadera disciplina militar. No es posible llevar á cabo las grandes empresas sin orden, gran amor al servicio, y una diega confianza en quien las quita.

Otras consecuencias se desprenden también de estos atrevidos movimientos, que los caudillos que los intenten deben tener presentes. Tales son: la gran fuerza de voluntad de que deben estar dotados, el immenso ascendiente que han de

(1) Véase en la pag. 242 del tomo VIII. del Memorial de Artillería la marcha de Suvarof por los Alpes.

poseer sobre sus subordinados, y el estudio concienzudo que deben practicar sobre el terreno donde han de ejecutar sus movimientos, para adquirir un exacto conocimiento de las dificultades que presente, y poderlas aprovechar en su favor. Mas el principal y ultimo resultado que nos enseñan semejantes acontecimientos, es que las montañas, por mas elevadas que sean, no deben considerarse como baluartes inespugnables, sino solo como obstáculos estratégicos.

Daremos inaligera reseña histórica de los sucesos que ocasionaron la marcha de San Martín.

Al tratar de apoderarse José Napoleón del trono de España, toda la América española se negó a reconocerlo por su rey. Reunidas en Cádiz las Cortes, rehusaron otorgar a las colonias los fueros y preeminencias que concedían a las provincias de la Península. Las grandes esperanzas de los americanos se vieron frustradas, y estalló la revolución.

Los descendientes de aquellos valientes conquistadores levantaron la bandera de la rebelión y tras sangrientas y violentas luchas se separaron totalmente de la madre patria.

Hasta el año de 1810. Chile había formado una sola Capitanía general, la cual se consideraba muy dichosa bajo el suave y entendido mando de Muñoz de Gurman. El nuevo Capitán General Carrasco, viejo soldado, acostumbrado solo a obedecer y a regirse nada mas que por la ordenanza militar, sembró pronto el descontento con sus violentas medidas. Los agentes ocultos de la revolución valiéronse de esta coyuntura, y al querer deportar a tres de los vecinos mas notables, fraguaron una sublevación en Santiago, y llevaron adelante sus ideas revolucionarias.

Buenos-Aires era en el Sur de la América

meridional el centro de la rebelte, habian espulsado al Virey y proclamado su independencia. Las autoridades españolas, sin fuerzas que oponer ni auxilios á que recurrir, fueron derrotadas sin efusion de sangre el 10 de julio de 1810. Formóse en seguida una junta de naturales, la cual gobernaba la joven república, segun ellos la llamaban, en nombre de Fernando VII.

En 1811 un congreso nacional reunido en la capital, ordenó la libertad de los esclavos, abolió, estableció la libertad de imprenta, y suprimió los derechos de importacion. Mas tarde decretó la formacion de una milicia, hizo construir fábricas de armas, municiones y pertrechos de guerra, preparándose y disponiendo el país con toda clase de medios de defensa.

El pacífico desarrollo del establecimiento de la república, lo interrumpieron los tres hermanos Carreras con su loca ambicion. Eran los tres jefes superiores de la milicia recien creada, dotados de talento y valor personal, y en todo Santiago de Chile eran conocidos por sus calaveras, así como su hermosa hermana etna, que fue la que los impulsó á que, en unión de otros oficiales y alguna tropa, disolvieran el congreso y se apoderaran del mando. D. Miguel Carreras, Gaspar Herrera y O'Higgins quedaron nombrados directores de la república.

Abarcal, virey del Perú, con sumo tino y acierto esplotó los partidos en que por aquel movimiento se dividieron los republicanos. Mando á su segundo el general Osorio perseguir de cerca á los rebeldes, y después de varias escaramuzas consiguió aniquilarlos á las inmediaciones de Rancagua 20 horas al Nordeste de Santiago de Chile. En el año de 1814, los muertos usurpadores de la república Chilena abandonaron la ciudad de Santiago, corriendo á internarse por la sierra en la peor estación para la montaña, que cubierta por todos lados de nieve dió sepultura á infinitas personas de las que

huijan al traves de ella en dirección de Mendoza.

El victorioso Soru tan luego como reinstaló en sus puestos las autoridades españolas, dio principio a su mando con medidas arbitrarias. Aunque había prometido una amplia amnistía, los principales de los sediciosos fueron deportados á la isla de Juan Fernandez, habitada hasta entonces solo por ratas. Una policía secreta espiaba todas las acciones, y á la menor imprudencia se llenaban las cárceles y prisiones. Abandonó la persecución de los revoltosos en la montaña, y permitió demasiada licencia á la tropa.

Mendoza, población perteneciente á Buenos Aires, era el punto de reunión de los descontentos; á ella fueron los batidos por Osorio; en la misma formaba San Martín un ejército; y de Mendoza esperaban los Chilenos disidentes vimiera su socorro y salvación. Pero antes de entrar en los acontecimientos de la guerra, debemos examinar el terreno sobre el cual pasaron las escenas que vamos á tratar de describir.

Cerca de la costa del Oeste está atravesada la América del Sur por las altas montañas de la cordillera, las cuales en los alrededores de Chile levantan su cabecera hasta 12.000. pies de altura.

Al desembarcar en los célebres puertos de Valparaíso ó Talcabuana se encuentran alturas de poca importancia, y solo tierra adentro dirigiéndose al valle de la capital, Santiago, es cuando el viagero será sorprendido por una cadena no interrumpida de elevados picos cubiertos de nieve, que van á perderse entre las nubes. La planta del cactus, creciendo á la altura de un árbol entre inmensos penachos y escombros esparcidos en derredor marca á lo lejos la falda de la montaña de una manera peculiar. La naturaleza de las montañas de los Alpes se halla aquí totalmente cambiada. En lugar de

aquellos valles espaciosos y fértils, de aquellos hermosos lagos semejantes á un espejo, de aquellos ventisqueros arulados, de los frondosos bosques, de los hermosos paisajes agrestes que circundan con indifinible encanto todos los Alpes, se alzan aquí penascos de 3.000 pies de elevacion en la mas completa desnudez.

Los valles son grietas angostas, abismos profundos que apenas dejan espacio para los desencadenados arroyos que recorren la montaña. Grandes montones de penas quedan en varias direcciones, sofocando toda vegetacion, solo consienten algunas praderas y arbustos en muy pobre desenvoltura. La falta de extensas llanuras de nieve y el verumarse por los pedregosos terrenos móviles la humedad, hace que en algunos parajes se vean afligidos con la falta de agua. El calor en el verano es sofocante, y no es extraño ver en el camino mulas muertas y secas como momias.

El hermoso clima de las naranjas, que se estiende al pie de la montaña subsiste sin ningun aprovechamiento hacia el medio de las mismas; y trepando á su cima, solo se encuentra en estos terrenos inhospitalarios la planta del cactus, que crece en formas extrañas y originales. Faltan las verdes llanuras, las sierras labradas, las aldeas y ciudades, las lecherias y rebaños de los labradores de los Alpes. En su lugar solo aparecen inmensos desiertos, donde ni los hombres ni las bestias encuentran un asilo. En los valles domina una aridez sorprendente; suelen encontrarse algunas cabinas habitadas por hombres muy infelices; y solo los insectos interumpen el silencio sepulcral que en ellos reina. La chinche venenosa conocida por el nombre de vinchuca, abandonando de noche sus guaridas en el interior de las casas, es el terror de los viajeros, que se ven obligados á permanecer al aire libre para preservarse de su sanguinaria picadura. A los 700 pies desaparecen los insectos patronadores; ningún oido nocturno se siente, y solo el puma ó leon americano se extraña alguna vez por estas alturas en busca de presa.

Fantan toda clase de alimentos; y aun el pescado apenas se encuentra en los ríos, por la extremada frialdad de las aguas, que provienen de nieves derretidas. La reunión de todo esto hace casi impracticables las montañas de la cordillera: agréguese lo poco ó nada que el arte ha trabajado para suavizar los grandes pasos y puntos de comunicación que median en los 20 leguas cuadradas por donde se estiende esta cordillera; y por último, que á causa de la sequedad continental del clima, les está anexa una temperatura elevada y una atmósfera inconstante.

Días de calor ardiente alternan con noches de frío glacial; de pronto de un viento agradable nace un huracán espantoso; y durante el invierno se suceden las tempestades de nieve con los horrores de una fuerte tormenta.

Los solos albergues que encuentra el viajero son las casuchas, nombre que se dá á una especie de cabinas construidas con ladrillos, las cuales en el puerto principal, el de Uspalata, se hallan de tres á cuatro leguas distantes una de otra, considerándose muy dichoso el que puede alcanzar una de ellas, aunque no es muy extraño el hallarse cortadas caravanas enteras antes de avistarlas, y parecer muertos de hambre.

Al Este, Sudoeste y Nordeste de Mendoza abren el paso al través de la cordillera chilena tres puertos principales.

1º El de los Patos, que desde San Juan de la Frontera conduce por el valle Putaendo por San Antonio hasta San Felipe en el Aconcagua. Todo el camino está inundado por las aguas de las montañas, que á veces, creciendo á grande altura, lo interceptan enteramente.

2º El de Uspalata ó la Cumbre, que desde Mendoza por encima de Uspalata, en el valle del río Aconcagua, guia á la ciudad de Santa Rosa, y alejándose mas por San Felipe se llega hasta Santiago. Todo el camino vendrá

á tener unas  $104\frac{1}{2}$  leguas; es el mejor en parte, y probablemente comunicará con el anterior de los Patos por un malísimo sendero.

3º El portillo que al Sur de Mendoza, pasando por cerca del volcán apagado de Turpungato, hoy cubierto de nieves, llega por mas abajo de Santiago. Este es el Camino mas corto hacia el corazón de Chile; hasta Santiago tiene 80 leguas, pero es en extremo penoso.

De 15 á 30 millas mas al Sur están los puertos de las Damas, que va hacia San Fernando, y el Planchón, hacia Talca. Por el lado Nordeste de la provincia Chilena está el puerto de la Rioja, que desde San Juan de la Frontera va á Coquimbo.

Estos puertos todos ellos son practicables nada mas que para caballerías; se diferencian notablemente de nuestros caminos de montaña europeos, por lo que no estaria de mas hagamos la pintura del de Ospalata, pues siendo el mas accesible de todos ellos, podrá formarse de los demás una idea.

Desde la ciudad de Santa Rosa, situada en un pequeño pero rico valle de viñedos e higueras, se llega al río Aconcagua, remontándose por un Desfiladero estrecho que rodea la falda de la montaña, y que el río desbordado y rugiente atraviesa distintas veces. Inmediato á la orilla sigue subiendo el sendero por entre cascajo movedizo, que cubre las dos márgenes del río. El calor es muy fuerte, y hasta quince veces marcha el camino por entre las aguas imprudentosas de la montaña.

En 1817 eran muy pocos los puentes que existían en la Cordillera, y donde eran necesarios se sujetan con grandes troncos de árboles echados de un lado á otro y cubiertos de fáginas, pero sin ninguna clase de pretel; en los torrentes de mayor anchura había cuerdas de piel ó de pita torcidas y embreadas, que se suspendían de la una á la otra orilla por medio de cabrestantes, teniendo en algunos parajes hasta 60 pies de longitud; en otros sitios

grandes estacas ó perchas clavadas verticalmente, y ligadas por maromas transversales, formaban un enlace muy débil, que apenas podian soportar los cascos de los caballos. De aqui es, que solo algunos caballistas pueden salvar el río ó el torrente marchando sobre el móvil aparato con temerosa vacilacion aun en tiempo bonancible; pero si un viento fuerte se desprende del valle, el peligro es mas inminente. En los sitios donde el río siempre impetuoso ocupa totalmente el valle, vuelve á encontrarse el sendero subiendo por una pendiente muy rápida cubierta de piedra morediza, que no presenta ningun punto de apoyo á la insegura planta del viajero, a quien el menor resbalon hace hallar una muerte cierta en el fondo del abismo. Los puntos mas expuestos son aquellos en que se encuentra un angulo saliente de la montaña. En el Perú, donde hay abundancia de madera, usan para estos pasos las barbacoas que son una especie de plataformas hechas con troncos de árboles enterrados por un extremo entre las grietas de las peñas, avanzando el otro sobre el torrente y cubiertas de ramaje: son muy peligrosas y mas aún en Chile que con la falta de árboles se limitan á formar una vereda de unos 5 pies de ancho á lo mas al rededor de la parte avanzada de la montaña, la cual con el transcurso del tiempo se borra ó llena de penascos, que procuran evitar las Caballerías marchando siempre sobre el borde del camino, de manera que medio cuerpo del jinete va como colgando en el torrente, al que se precipita al menor mal paso, sin que jamás se haya vuelto á encontrar ni la carga ni las acémilas que han caido alguna vez, por la profundidad de las aguas y su grande velocidad. Finalmente á los 7000 pies está la guardia de las Hormillas, un puesto con algunos empleados de aduana y una pequeña guarnicion, que al cerrarse

totalmente el paso en el invierno se retira al pie de la montaña. Sigue el sendero angosto por entre penascos, habiendo parajes en que no cabe la carga ordinaria de las mulas, y sin que haya mas abrigo que las casuchas, dispuestas como se ha dicho, ni mas combustible que las raíces de valeriana.

Menos escarpado baja hacia el Oeste el camino, pero siempre con el mismo aspecto, y encerrado entre murallas de piedra de 200 pies de altura al dirigirse á la meseta del Cuyos: tiene esta sobre 4000 pies de elevación, escasos de árboles, y lagos de agua salobre. Mendoza es la capital de este distrito y la llave de la montaña; atraviesa el camino hasta Buenos-Aires inmensas llanuras de mas de 150 leguas de extensión, que se llaman las Pampas de la Plata, en cuyas dehesas se nutren numerosos rebaños que prestan subsistencia segura a cualquier ejército que haya de atravesarlas, al propio tiempo que la naturaleza tampoco presenta obstáculos que impidan la marcha.

Osorio podía haber puesto en gran apuro la joven república de Buenos-Aires si hubiese continuado la persecución de los rebeldes por la montaña y tomado á Mendoza, en lugar de estacionarse en Santiago. La república concibió la importancia de Mendoza, mandó á ella su mejor general, y ordenó al Gobernador del Cuyos la defensa de la subida á la montaña.

El General que la república mandó á Mendoza en Setiembre de 1814 fué D. José de San Martín, el protagonista principal de este artículo. Difícil es presentar el carácter verdadero de este militar. Los republicanos, por los grandes servicios que les prestara, ensalzan y encoronian á gran altura sus prendas militares y su talento; mientras que los españoles que permanecieron fieles á su rey y á su patria, lo pintan sanguinario, y le prodigan las mas fuertes diatribas. De unos y otros puede

concluirse, que si bien reunía gran talento, mucho valor, y estaba dotado de conocimientos militares muy superiores, todas estas cualidades guerreras las empañaba la feror pasión de la venganza, estimulada por el encono de parti-  
do.

Nació San Martín en las Pampas en 1778, siendo su padre Gobernador de Yapeyú, en las llanuras del Paraguay: creció entre los pastores de toros y caballos salvajes, viendo más tarde con sus padres a Madrid, donde se educó en el Seminario de Nobles.

Sirvió con distinguido mérito en España durante la guerra de la Independencia, habiendo llegado hasta el empleo de Teniente Coronel en 1810, a la edad de 32 años. Siendo Ayudante del General Coupigny cuando mandaba en la isla de León en 1812, tuvo San Martín un fuerte altercado con este general por creerse postergado en su carrera, y no haberlo propuesto como él creía merecer, para su ascenso inmediato. Coupigny le amenazó con el arresto, y San Martín, resentido del mal trato de su jefe, salió de su despacho jurando vengarse por cuantos medios estuvieran a su alcance. Aquella misma tarde un buque inglés lo acogió afiosa y favorablemente, llevándole a Buenos-Aires.

Sus conocimientos, su experiencia y práctica en la guerra, así como su rango militar, llamaron la atención en América. Pronto demostró que poseía todas aquellas cualidades, formando un regimiento de caballería regular de 4 escuadrones, que los denominó granaderos a caballo, consiguiendo con él batir las tropas españolas en el primer encuentro que con ellas tuvo en Montevideo, en una demarcación inmediata a San Lorenzo sobre la orilla derecha del Paraná. Este hecho de armas le elevó a la categoría de General, y pronto ejerció su importante influjo sobre el Gobierno

del país. Desde entonces los españoles fieles que no se unian á la causa de la república fueron tratados con sumo rigor, cometiendo con ellos toda especie de tropelias, y fusilando cuantos Oficial ó soldado de las tropas reales caia prisionero entre sus manos, si bien los generales españoles no cumplieron tampoco con toda lealtad los tratos y convenios que en un principio mediaron, llegando á ser San Martín el mas terrible antagonista de los españoles en la America del Sur por su constante perseverancia, su mucha energía, perspicacia y gran actividad.

Todas las guerrillas que en un principio se levantaron las trajeron á sus órdenes, componiendo un pequeño cuerpo de ejército, con el que batíó distintas veces las avanzadas de las tropas reales, molestándolas de continuo, y obligándolas á un armisticio hasta la restauración de Fernando VII. en el trono de España. Desde Tucumán, donde se hallaba San Martín, fué enviado por el gobierno republicano a Mendoza. Con solos 180 reclutas del 8º batallón de milicias llegó el General á esta ciudad, y desde entonces con muy pocos recursos y casi ningunos medios, empeñó á formar un ejército que debía defender los puestos de la montaña, demostrando en todas las medidas de que echó mano para dotarlo del material necesario, una gran inteligencia.

Los descendientes de los primeros españoles que habitaron las Pampas, al Norte y Oeste de Mendoza hasta las playas del Atlántico mezclando su sangre con las familias indias que las poblaban, se multiplicaron y crecieron en una raza salvaje, cuyos distintivos solo se encuentran otra vez sobre la tierra en las landas del Sur de Rusia. Se llaman los gauchos, y son, como los Tabimktschiks, pastores de inmensos rebaños y piaras de caballos salvajes y ganado vacuno, que circundan las solitarias ó granjas de las Pampas. Aunque pequeños y delgados están endurecidos, y dotados de una extraordinaria fuerza muscular, habituados á dormir siempre al raso,

temendo cuando mas por almohada en esqueleto de caballo, ó un miserable sombrero, que los insectos rodean por todos lados. Su traje es pobre; los cambios de temperatura ninguna sensacion tienen para ellos; y acostumbrados desde muy ninos á montar á caballo, son excelentes jinetes. Van siempre armados de grandes vajajas que á la menor cuestion sacan á relucir; y no es nada dificil que, faltas las varones, sobre las spumaladas en sus querellas. Nada les importan los muchos hoyos que los caballistas cuidan de evitar; en las llanuras galopan el gancho por entre ellos con la mayor soltura y velocidad, las mas veces sin bridazos ni aparejos. Para vez se lastiman si llegan á caer, pues ordinariamente siempre caen de pies, subiendo y bajando del caballo á toda carrera con suma facilidad, así como descienden á caballo con todo valor y comodidad las pendientes mas escarpadas, haciendo de continuo mil suertes, y habilidades en lo mas fuerte de la carrera, como cojer una moneda del suelo, lanzar el lazo y manejar las bolas con el mayor acierto y seguridad, pues raro es el toro ó caballo que bien por los cuernos ó las manes, no traen hacia si cuando les arrojan el lazo á gran distancia. Durante la guerra se valian los ganchos del lazo para los hombres, y echándoselo al cuello los arrancaban de los cuadros y los traian á rastre atados á las colas de sus caballos.

Donde les coje la noche se paran y se entregan al mas completo descanso, confiando su seguridad á su caballo, el qual mientras su amo envuelto en el poncho duerme, estendidos á su lado, escucha atento si algun jaguar se aproxima rastreando. Cuando el aluvido del pampero (aire de los llanos) mezclado con

gruesas gotas de agua y algunos relámpagos, anuncia una de las frecuentes tempestades que en estos desiertos son tan comunes después de un fuerte día de calor, el caballo también es un gran auxilio para su dueño, a quien por otra parte ninguno ofrecen las inmensas llanuras contra el furor de la tempestad.

Los gauchos tienen como los indios gran afición á la caza del jaguar y de los avestruces salvajes. La continua alarma en que los tienen las sorpresas de la raza patagónica, los hace estar siempre dispuestos á la guerra, que hacen con encarnizamiento. Tienen la facultad de reconocer á gran distancia las huellas del hombre y del caballo que persiguen, y su vista es tan perspicaz como la del águila. Al lado de estas cualidades el gaucho es muy sobrio en su comida, y sus necesidades están cubiertas con muy poco; un pobre traje, algunas sillas de montar, largas espuelas, el lazo y las bolas forman toda su propiedad, sirviéndole como taburetes y por cama los esqueletos de caballo.

A esta pintura debe anadirse, que al lado de semejantes instintos salvajes están hermanadas fuertes pasiones, tanto de cólera, como de compasión, una gran penetración, y un gran amor por toda especie de juego de azar.

San Martín, nacido entre los gauchos, logró entre los mismos un gran ascendiente, siendo indudable que una caballería compuesta de hombres tan arrojados y despreciadores de la muerte, podía ser un gran elemento para la guerra que en América emperaba, si estaba mandada por un Jefe que comprendía bien sus hábitos e instintos, y que participaba de muchos de ellos.

Plano San Martín á las milicias, y con suma lentitud fueron viiniendo de la escasa población de 50.000 almas que se hallaban esparcidas por amplios desiertos de las Pampas. Vinieron sucesivamente algunas tropas de

Buenos-Aires, 200 jinetes de los granaderos á caballo y  
450 infantes; junto muchos desertores de Chile, y los que  
vinieron con los Carreras y O'Higgins. A este último lo  
hizo General; á los Carreras, convocando la ninguna sufi-  
ciencia que habían demostrado en la guerra, los mando á  
Buenos-Aires, ofreciéndoles para mas adelante darles par-  
te en sus expediciones militares. Todo el ejército venía á  
ascender á unos 4000 hombres. La actividad y prevision  
de San Martín se extendía á todos los ramos. Sacó di-  
nero por medio de empréstitos de los comerciantes in-  
gleses de Buenos-Aires, que le proveyeron tambien de  
vestuario y efectos de guerra de toda especie. Enganchó  
oficiales ingleses para la instrucción. En todas partes  
se presentaba él mismo, estableciendo el orden, la regula-  
ridad, y acostumbrando á todos á la severa disciplina  
de la ordenanza. Con rigor, imparcialidad, y  
á veces con cierta tolerancia prudente, ganó el cariño de  
los gauchos, que no se avinian mucho con el método y  
regularidad establecida en el ejército. Este pequeño  
ejército escedió en orden y sumisión á todos los que des-  
pues se formaron contra los españoles en la América  
del Sur. Dos años tardó en formarse, y recibió el  
nombre de ejército de los Andes.

Todavía era tiempo de que la tormenta que  
desde Mendoza amenazaba pudiera desbaratarse; mas  
el nuevo Virrey del Perú y su segundo en Chile, el ge-  
neral D<sup>n</sup> Francisco Marco del Pont, permaneciendo en  
una completa inacción.

No tomaron ninguna providencia para  
atraerse como aliados los indios salvajes de las montañas  
y llanuras al Sur de Mendoza, que adictos al gobierno  
español podían ser terribles adversarios contra los gauch-

San Martin por el contrario formó con ellos tratos, y ganó en su favor algunos de los caciques de aquellas tribus, si bien otros despreciaron con orgullo toda embajada y los regalos que les ofrecían, siguiendo fieles al Rey de España.

Los pehuenches son nómadas, que pacíficamente llevan sus ganados por los valles inferiores de los Andes, ó se presentan como salteadores por las grandes sabanas, llegando á espaciar el terror hasta las mismas puertas de Buenos-Aires, donde los conocen bajo el nombre de los indios de las Pampas. Son de extraordinaria altura, de grandes formas musculares, excelentes jinetes. Con su caballo y lanza que nunca abandonan están en todo tiempo dispuestos para la guerra. El espíritu guerrero de estos pueblos, transmitido de generación en generación les excita á mirar con placer los combates sangrientos, y á considerar como indigna para el hombre toda ocupación agricola. Son diestros en manejar el lazo y las bolas, indiferentes á toda clase de comodidad y á toda suerte de temperatura; devoran con la misma avidez la carne cruda que la asada, habitando bajo tiendas ambulantes de pieles de buey. Su traje se compone de unas botas grandes de montar formadas de piel de caballo, de una especie de envoltura que les cubre medio cuerpo, y algunas veces suelen usar una capa. El pehuemche lleva siempre la cabeza descubierta, su largo y negro cabello flota libremente, el cual al entrar en combate lo echan sobre la cara, tornando de esta suerte un aspecto mas favoroso. Como todos los pueblos bárbaros, tienen á sus mujeres en una esclavitud opresiva, las destinan á los trabajos mas penosos, y al mas mínimo descuido las castigan inhumanamente. Alemprender los salvajes sus nocturnas expediciones, quedan ellas al cuidado de los rebaños. En estas correrías cercan con todo sigilo una aldea, invadiéndola súbitamente con espantosa gritería; sin compasión pasan á cuchillo á todos los hombres, llevan-

do esclavos para siempre á las mugeres y á los chicos. Sus ligeros caballos les prestan gran auxilio para huir y evitar la persecucion. Cuando los llegan á alcanzar los gauchos y tienen que disponerse á pelear con ellos, se ponen completamente desnudos, frotan su cara y brazos con sangre fresca de caballo, y atacan en líneas cerradas con terribles alaridos de guerra. Rara vez hacen prisioneros, pero si algún gaucho cae en sus manos, tienen crueles martirios para la muerte, siguiendo los instintos salvajes.

El gaucho y el pehuenche son enemigos mortales; de continuo están haciendo guerra, y jamás hay perdón ni avenencia entre ambos.

Con los convenios celebrados para el libre paso de unos y otros por los puertos y valles de los Andes llegaron á familiarizarse entre sí, y fueron aliados por algún tiempo.

Al ver crecer San Martín en numero y destreza su ejército, sabiendo que por todas partes se formaban y pululaban guerrilleros con pequeñas partidas en favor de la independencia, a las que ni perseguían ni daban importancia los españoles, concibió el atrevido plan de atravesar la cordillera y atacar á las tropas reales en el mismo Chile.

Apoyó su movimiento, despachando pequeños destacamentos á las inmediaciones de Talca y La Concepcion, que amenizasen su aproximación y el número y los recursos del gran ejército, propagando tales sucesos por todos los puertos del Sur. Marchó San

San Martín al río Diamante, junto al fuerte de San Carlos, donde tuvo una entrevista con los caciques de las principales tribus que ocupaban el territorio del Plancharon; los colmó de regalos y con diplomacia y habilidad consiguió su objeto, y excepto tres de los caciques, a todos los demás los trajo á su devoción e hizo sus aliados. Como San Martín intentaba, con sus aparentes disposiciones, los españoles creían haría su invasión por los puertos del Sur. Finalmente mandó avanzar una división contra el puerto del Portillo, con orden terminante de apoderarse y ocupar todas las gargantas y desfiladeros que venían á desembocar á los Valles del mismo, estorbando cualquier reconocimiento que los españoles quisieran practicar mas de cerca.

Marco del Pont, indeciso y nada seguro de las verdaderas intenciones del enemigo, retardo el tomar ninguna medida, descuidó el informarse de los pichuenches, sus fieles amigos, que le hubieran proporcionado noticias auténticas, omitiendo despachar espías en todas direcciones que le habrían reportado inmensa utilidad.

Superior en fuerzas al ejército enemigo, contaba con 7.600 hombres de tropas regulares, y 800 milicianos bien armados y mejor pagados. El general español, contra toda regla estratégica, dividió esta respetable fuerza en dos divisiones, iguales; la una la destino para observar los puertos del Sur situándola probablemente entre Talca y San Fernando, y la otra mandada por el Brigadier Don Rafael Maroto, fué enviada para la defensa de los puertos del Norte.

Treinta leguas mediaban de una á otra división, en lugar de concentrar estas fuerzas á las inmediaciones y para defensa de Santiago de Chile. En vista de las vagas e inciertas noticias que temía de los movimientos del enemigo, ningún destacamento, ningún puesto intermedio dispuso para apoyo de las dos divisiones, ni tampoco mandó ninguna partida á la cresta de la montaña.

El ejército de San Martín ascendía en enero de 1817, a 5200 hombres reunidos en Alcedoza, clasificados en esta forma:

2.800 hombres de tropas de línea, formados en 3 batallones de infantería y 1 batallón de tiradores.

1.200 milicianos.

200 artilleros y zapadores.

960 jinetes, la mayor parte de los que componían el regimiento de granaderos a caballo de primitiva formación.

10 cañones de a 4 y 2 obuses.

1600 caballos.

Además contaba con la división del Teniente Coronel D<sup>n</sup> Ramon Freire, de 250 hombres, que se hallaba en el Puerto del Portillo. El número monstruoso de 9.281 machos y mulas, se proporcionaron para el transporte por la montaña. De ellos recibió una cada infante, además de destinar una de reserva para cada 5 hombres. A cada dos jinetes se les dio además de su caballo una mula de paso, señalando la cantidad suficiente para los Oficiales y el Estado Mayor. Los 1206 milicianos recibieron la orden de custodiar los bagajes, mulas de reserva y los transportes de la artillería, para la que se marcaron 1800 mulas. Las 12 piezas de que se componía el parque del ejército fueron desmontadas de las cureñas, se colocaron los cañones y obuses sobre una especie de angarillas soportadas con grandes albardones, y a manera de litera iba llevada cada pieza por dos mulas una detrás de otra; lo mismo se hizo con las cureñas y cajas de municiones. A cada pieza se la dotó con 110 disparos; 500.000 cartuchos se llevaron para la infantería; 180 mulas conducían fusiles de respeto; otras 65 un puente de cuerdas y faginas, con otros utensilios necesarios para la marcha. Finalmente, 1020 mulas se mandaron a la división del Teniente Coronel Freire. No se olvidó el cuidado de las provisiones de bocas; quince días de ríveras se aprontaron para la fuerza total, consistentes

en un gran rebaño de ganado carne seca adobada con pimienta de Chile, maíz y trigo tostado, galleta, queso, cebollas, y una gran cantidad de ajo, muy necesario contrar el asma que produce el aire seco de las altas montañas; por último, para animar en todo lo posible a su tropa en aquella penosa marcha, se les ofreció ración de vino, que 113 mulas llevaban en pellejos.

El 17 de enero, en la mitad del verano para aquel país, salió el ejército de Mendoza provisto de la manera superabundante que llevamos dicho; toda la gente de la ciudad lo acompañó hasta el pie de la montaña. La división del Teniente Coronel Freire recibió orden de avanzar sobre el puerto del Portillo. La marcha del grueso del ejército en un principio se dirigió más hacia el Norte, contra San Juan de la Frontera, por caminos algo tanto transitables hasta la aldea de San Miguel; mas luego llevó su dirección hacia el Oeste por el sendero ya descrito de la montaña tan erizado de dificultades.

Desgraciadamente para todos estos datos, las cartas topográficas mejores están tan embrolladas en cuanto a los caminos y trochas, que muy a menudo se contradicen las unas a las otras, no habiendo nada fijo y seguro en la situación de ellas, de las aldeas y villas.

Después de once días de marcha alcanzó el ejército el pueblo de Mariantales, situado probablemente al Oeste de las cercanías de Ospalata, desde donde se dirigía una comunicación al puerto de los Patos. Aquí dividió San Martín su fuerza, para disminuir la larga prolongación que formaba, en dos divisiones, la una al mando del general Soler; y la otra al de igual clase O'Higgins; la una marchó por el puerto de Ospalata, y la otra descendió por el de los Patos al valle Putaendo.

A pesar de que 120 gasteros con 190 mulos, allanaban y preparaban de antemano el camino cuando era dable, la marcha presentó increíbles e insuperables dificultades.

Era preciso que los hombres y las cargas marcharan

uno tras otro por el áspero sendero, apoderándose de todos un tedio general al atravesar los inmensos abismos por trochas estrechas y llenas de peligros a cada paso. La conducción de la artillería dio mucho que hacer, pues muy a menudo había que envolver las piezas en pellejos secos de buey y arrastrarlas de esta manera por la nieve, y otras suspenderlas de gruesas maromas, y dejándolas pendientes sobre los precipicios sacarlas de esta suerte adelante, para cuya operación y la de retener en las grandes pendientes, se alisó un tornillo; no siendo pocas las ocasiones que sobre los hombros de los milicianos tuvieron que transportarse los cañones y obuses. La Caballería también tuvo mucho que hacer muy a menudo, o mejor dicho casi todos el camino, el jinete tenía que montar sobre las mulas y conducir su caballo atado a la cola de estas, cuando las conversiones o vueltas eran necesarias. En los salientes de la montaña las dificultades crecían.

A los inconvenientes que el terreno presentaba, se unían los naturales a las altas montañas, y los particulares anejos a aquél clima. Al llegar a los puntos mas culminantes se sentía un frío glacial, y tan repentinamente se experimentó este cambio atmosférico, que ni los hombres ni las bestias podían soportarlo. La piedra montaña nada ofrecía para preverse contra este elemento; la leña no se encontraba; y las raíces de Valeriana y la madera de los casuchas pronto quedaron agotadas en las infinitas hogueras que de pronto se encendieron. El aire sutil hacia mas

dificultosa la respiracion, impossibilitaba el entenderse los unos á los otros sino á fuerza de grandes gritos, que lastimaban las gargantas; finalmente, se desarrollo la enfermedad peculiar de la cordillera conocida bajo el nombre de la puma ó el constipado de la montaña.

Los primeros sintomas de esta enfermedad, producida por el dicho aire sutil, obran principalmente en la sangre, acumulandola hacia el pecho con grandes dolores de cabeza; se siente un abatimiento general en todos los miembros, y una gran desazón en el cuerpo. Los pies parecen plomos, se resisten á andar, y á cada momento hay necesidad de descansar. Las aspiraciones llegan con dificultad á los pulmones, ocasionando una fatiga extraordinaria; y en constituciones débiles se suceden con rapidez los desmayos, el mal de corazon, paralización de las manos y los pies, ataques al pecho, Vómitos de sangre y dolores. También otra peculiaridad de esta especie de enfermedad, consiste en atacar al cerebro; y por consiguiente es peligrosa en extremo. Los baños con aquafria y el uso de la esencia del ajo, se aplican como buenos remedios contra la puma. Aquellos mas robustos que sucumben á la influencia mortífera del mal, y que despues de seis ó siete dias sus pulmones se avienen con el aire frío, tienen que curarse unos granos grandes y dolorosos que aparecen sucesivamente y que duran por mucho tiempo. También los animales están sujetos á las mismas contingencias, por lo que es preciso disminuir las cargas y á veces quitarlas del todo; sino las mulas arremolinadas caen al suelo y necesitan socorro inmediato para poderlas salvar, y con todo quedan por mucho tiempo inservibles.

En medio de tanta dificultad como el clima y el terreno presentaban á San Martin, se mostro digno de estar á la cabecera de tan temeraria empresa. Su ejemplo y su constancia brillaba ante la tropa, con la que compartia toda penalidad como el ultimo de sus subditos.

conservó gran orden en toda la marcha, procuraba el descanso y los remedios para los cansados y enfermos, aleataba á los débiles con alegres y agasajadoras palabras, por lo que la adhesión de las tropas á su jefe fué ilimitada, y la resolución de morir ó vencer general en todos.

La división que marchó por el puerto de Ospalata, llegó al puesto de la Guardia el 4 de febrero, sorprendió la pequeña guarnición que lo ocupaba, la cual estaba completamente ignorante de la aproximación de semejante fuerza. La otra división bajo el 6 de febrero sin encontrar obstáculo alguno al pueblo de San Antonio, sorprendió allí y batío á 200 realistas que habían sido mandados para un reconocimiento del río Aconcagua, y que como sus compañeros en la guardia, ignoraban los movimientos del enemigo.

La columna que fué por el puerto del Portillo, ejecutó su movimiento sin ningún entorpecimiento tampoco. San Martín para resguardar su flanco izquierdo, destinó 200 hombres a la aldea de Valhermosa, y el 5 de febrero hizo ocupar las aldeas de Ciénega y Achapala. La situación de estos pueblos viene á ser á un día de distancia del puesto de la guardia; y colocados en el corazón de la montaña en dirección de Santiago de Chile, cerraban un camino que conducía al puerto de Ospalata, y los que, si el enemigo hubiera tenido, intercetaban las comunicaciones con Mendoza. Dejó también en la montaña depósitos de víveres y provisiones, defendidos por algunas fuerzas y situados en buenos emplazamientos, para en algún caso contrario tener donde apoyarse.

La reunión de ambas divisiones se verificó el 9 de febrero, y unidas repasaron tranquilamente por juntas á San Felipe el río Aconcagua. En total se

emplearon 23 días en toda la marcha; y en este espacio, proporcionalmente corto, se hicieron 50 leguas de camino por medio de las elevadas montañas de los Andes. Muchos fueron los soldados que perecieron, bien por la influencia del clima, bien cayendo en los abismos y ventisqueros, o estrujados por las grandes moles de piedra que rodaban por la montaña. La pérdida vino á ser una quinta parte de la fuerza total; pero aún mayor que en hombres lo fué en los caballos y bestias de cargas: de los primeros solo quedaron 500, y de las 9300 mulas aportadas en Mendoza, llegaron al otro lado de la montaña 4.300. Bien puede considerarse en qué estado de cansancio debía encontrarse el resto del ejército al término de su jornada; mas los españoles parecían haber olvidado todas las reglas del arte de la guerra, lo que fácilmente daba a entender que los generales creían imposible que el ejército enemigo pudiera flanquear los Andes. Despues de no ocupar las salidas de los desfiladeros, ni internar ninguna patrulla por la montaña para adquirir noticias ciertas de los movimientos del enemigo, dejaron abandonado San Felipe, donde los caminos de Osvaldo y San Antonio se unen. Situados en este punto los españoles hubieran evitado la reunión de las divisiones enemigas, y tal vez las hubieran batido en detalle.

Por las separadas posiciones que ocupaba el ejército español, era imposible el poderse proteger instantáneamente una á otra división. El gran pecado militar lo cometió Marco del Pont, la separación que dio á su fuerza ocasionó el desastre, que en todas partes quería cubrir, y á todos perdió.

Si se da por supuesto que montañas de la magnitud de los Andes no pueden estar mucho tiempo defendidas por fuerzas de alguna significación numérica, y que aquellas, á causa de no ofrecer ningún medio de subsistencia, no se pueden guardar por mucho tiempo; si además de esto es desventajoso para un gran cuerpo de ejército el situarse

en la misma montaña, como lo tiene demostrado el General Clausewitz en su gran teoría de la guerra, porque tal posición trae consigo el diseminarse mucha fuerza, es también muy cierto que aquí, mas que en ninguna otra parte, lo fragoso del camino y los infinitos desfiladeros proporcionaban miles de puntos aislados, que se hubieran podido fortificar y guarnecerse con muy poca gente. Aquí se encontraban suficientes sitiós donde, como dice el ilustrado escritor arriba citado, "una pequeña porción de soldados, ayudados por la astucia y la táctica, podían atraer hacia sí todo el ejército enemigo, presentarlo á la vista de sus jefes superiores, los cuales, conviendo por este medio su fuerza y sus posiciones podían ordenar un ataque ventajoso, o disponer una bien estudiada circunvalación."

Desde estos puntos, unos buenos tiradores escogidos hubieran detenido por horas y aun por días la marcha de San Martín, entretanto los españoles ganaban tiempo, se reunían, y aproximándose á los puntos amenazados buscaban la ocasión de cargar con fuerzas superiores sobre un enemigo debilitado por una marcha penosa, al querer desembocar de los caminos estrechos de la montaña. Mas por todos lados vinen demasiado tarde. En el mismo día que San Martín con todo su ejército pasó el río Aconcagua, el Brigadier Maroto con 3.500 combatientes llegó al pueblo de Chacabuco, distante 5 millas al Sur de San Felipe, creyó desde allí poder estorbar la marcha del intrépido enemigo, y desde luego ocupó la cuesta del Chacabuco que le ofrecía una buena posición, estando 2.500 pies mas alta que la escarpada falda de la montaña que se dirigía hacia el Oeste.

San Martín esperaba sin duda la venida de algunas tropas y de artillería, que aún quedaban internadas por la montaña. Cada momento que perdía era de sumo interés, pues ganando tiempo los españoles, podían reunir mayor fuerza, y era entonces muy problemática la probabilidad de una victoria. La marcha en retirada por la montaña con un ejército batido podía considerarse como una completa derrota; de consiguiente sin dar mayor espera abanzó contra Chacabuco, y el 12 de febrero presentó la acción.

Siguiendo su inclinación y su educación militar, San Martín desenvainó su sable á la cabecera de la caballería. Tanto ésta como la infantería cargaron muy débilmente en su principio; mas observando San Martín que Maroto se descuidaba y no aprovechaba cual debía los instantes, manda una columna que de repente ataque por retaguardia la posición enemiga. Logra ésta columna romper la línea española, y una vez interrumpida procura Maroto, aunque con poca energía, reunir su gente en un Viñedo; sufre un completo descalabro, y 600 de sus soldados muertos cubren el campo de batalla.

La noticia de esta victoria se propagó con la rapidez del rayo en Chile, cuyos habitantes veían descender por la montaña con asombrosa admiración al ejército republicano. Todo el país se levantó en masa desde este momento: de todos lados acudían refuerzos al ejército de San Martín, que el 14 de febrero entró como vencedor en la capital de Santiago de Chile. Las aisladas divisiones españolas fueron batidas y dispersadas por todas partes: Marco del Pont con 3000 de los suyos fueron alcarrados por la caballería y puestos en dura cautividad: tan solo 1,500 españoles bastante mal parados se salvaron hacia Lima. Chile desde aquel día se hizo independiente, y se organizó en república.

De San Martín, el héroe de este relato, solo podemos añadir que en los años subsiguientes con un ejér-

cito chileno se apoderó del Perú, por lo que en el año de  
1822 recibió el pomposo título de protector del Perú.  
Concluida la guerra se retiró a la vida privada, y  
desde entonces ha vivido tranquilamente en el seno de  
su familia, primero en Francia y después en Inglaterra.

Madrid y mayo 1853 = Francisco Mañique

Dela pagina 247 à 264 del

Memorial de Artillería  
Colección de Artículos y Memorias  
Sobre Diversos Ramos  
del Arte Militar —  
— Tomo IX —

Madrid  
Imprenta y fundición de D. Lisebio Aguado  
— 1853 —